

Rentería, fábrica de pelotaris

NUESTRO maravilloso deporte vasco, el noble, viril y españolísimo juego de pelota, desde muy antiguo ha tenido gran arraigo, estimación especialísima, en la guipuzcoana villa de Rentería. Habiéndose asegurado, incluso, en alguna época, que la principal diversión de los renterianos era la práctica del ejercicio pelotístico.

Sin duda debido a esta extraordinaria afición que los hijos de Rentería sentían hacía el mejor y más sano de los deportes, es por lo que los alcaldes y jueces ordinarios de la localidad, se creyeron obligados, en el año 1826, a dictar un bando diciendo «que habían llegado a ellos muchas quejas de los partidos de pelota que se jugaban en el prado del caserío Eguiburu y por la mucha aglomeración de hombres y mujeres que solía haber con dicho motivo, siendo causa de riñas, juegos y otros excesos; y que, no pudiendo mirar con indiferencia, por la obligación que tenían de conservar el orden, la tranquilidad pública y la paz de las familias, mandaban formalmente que no se jugase ningún partido de pelota en el prado de Eguiburu, ni en ningún otro despoblado de la jurisdicción, sino solamente en las dos plazas públicas del casco de la villa, bajo pena de arresto y proceso».

Pero los renterianos corrían todos los riesgos, con tal de cultivar su diversión favorita y en donde menos se pensaba «armaban» un frontón; lo mismo en los arcos del Concejo local, para jugar «a mano», como en cualquier despoblado para practicar la especialidad «de largo», pues basta una plaza, una esplanada, un suelo llano, sin paredes, para ejercitar esta última modalidad.

Hasta que, el año 1.844, tuvieron su frontón —anterior al actual—, situado en la Plaza del Arrabal, con dos paredes en las esquinas o extre-

mos, adosadas a un espacio cuadrado, cubierto de losa, donde jugaban «a rebote».

Y por fin, se construyó bajo la dirección de Don Segundo Echeverría, el que hoy se levanta inmediato a la Avenida de Alfonso XIII, con frontis y pared izquierda, que en un principio tenía 28 cuadros (con 3,90 metros cada uno) de largo, por 24 de ancho, y que el año 1.901 fué acortado, quedando, como está ahora, con 11 cuadros y medio. Este frontón se inauguró en 1.884 con un partido reñidísimo, a «punta limpia», entre Chiquito de Eibar y el Vergarés contra Lizurume y Brau II, que terminó, después de varias prolongaciones, con la victoria de los primeros.

También cuenta Rentería con otro frontón, construido en 1.933, hoy a cargo de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., y sito en la Avenida de Navarra, que podíamos llamar de juguete, por lo bonito y pequeño, cuya cancha sólo mide 29 metros de largo y 8 metros de ancho, y que es una preciosidad para que los aficionados se diviertan, especialmente practicando la especialidad «de mano».

La enorme afición que, como al principio decimos, sentían los renterianos por el deporte vasco, hizo que de Rentería saliese un número excepcional de pelotaris, que pasearon por todo el mundo el nombre de su pueblo, como símbolo de arte, nobleza y virilidad. Hasta tal punto, que en la segunda mitad del siglo pasado, Rentería mereció que le llamasen, la fábrica de pelotaris.

Pues, Rentería ha visto nacer a jugadores tan célebres y famosos, como Vicente Elícegui, el formidable atleta, el del cuerpo de gigante con cabeza pequeña y cara de niño, el colosal delantero «de punta limpia», que con su imponderable brazo, su forma

de actuar valiente y enérgica, su bolea irresistible, su gran conocimiento del juego, y sus ligerísimas piernas, a pesar de su extraordinaria estatura, arrollaba, «barría», a sus rivales; como Luis Samperio, de poco «látigo», pero todo un «maestro», la personificación de la elegancia, el de la carrera prodigiosa y éxitos apoteósicos, que a poco de debutar se colocó a la cabeza de los zagueros; como Victoriano Gamborena, el delantero del fantástico bote-pronto, bajo de estatura, de andar pesadote y débil en apariencia, que suplió con creces esas desventajas con un conocimiento acabado del juego, que le permitía ejecutar remates inverosímiles en cualquier postura: como Cosme Echeverría, aunque poco espectacular, zaguero duro, resistente, seguro, sólido y eficaz, a quien se le llamaba «la máquina de devolver pelotas»; como Gabriel Echeveste, actual alhondiguero municipal de la villa, que por una lesión en el brazo vió truncado su espléndido porvenir pelotístico (el año 1.894), cuando había conseguido codearse con los «ases» de la zaga. Como los notables delanteros José Ignacio Salaverría, Juan Echeveste, José León Olaciregui, José Ramón Añorga, Alejo Guruceaga, Ramón Ezponda, León Marichalar, Julio Echeverría, Ramón Zalacain, Juan y Pedro Bidegain; y excelentes delanteros como Eusebio Guruceaga, Miguel Goenaga, Lucas Michelena, Valentín Belamendía, José Manuel Jáuregui, Marcelo Salaverría, Sebastián Urtizberea y Matías Echeverría...

¿Ha producido Rentería la mejor pareja de «punta limpia» de todos los tiempos? Muchos sostienen que, efectivamente, Vicente Elícegui y Luis Samperio componían el dueto ideal. Nosotros únicamente afirmaremos que entonces Elícegui y Samperio formaban «la pareja de moda» en todos los frontones de España y América. Y añadiremos que en la época pletórica de ambos, allá por el año 1.889, después de triunfar sobre ban-

dos tan poderosos como Beloqui y el Manco de Villabona, Beloqui y Mardura, Beloqui y Portal, Portal y Mardura y Portal y el Manco de Villabona, considerándose invencibles, por parejas, a los renterianos, fueron entretados, en el mayor acontecimiento pelotístico que se recuerda en Buenos Aires, con asistencia del Presidente de la República y varios ministros, ¡al fantástico trío Beloqui, Manco de Villabona y Portal! Perdiendo Elícegui y Samperio por sólo dos tantos (53-55), en lucha encarnizada y tiránica, tras una exhibición incomparable de los cinco artistas, muy en particular de Vicente y Luis que quedaron clasificados como *los mejores*.

Dato curioso. En Buenos Aires tenían por norma anunciar la hora en que los festivales pelotísticos debían comenzar y... terminar. Es decir, que se suspendía definitivamente el programa en la hora exacta anunciada, anulándose las apuestas, aunque faltasen algunos—o muchos—tantos del último partido.

Detalle que demuestra la honradez a toda prueba de Vicente Elícegui. Jugaban el año 1.890 en Buenos Aires él y Samperio frente a Portal y Mardura. Estando sus contrarios en 52 por 51, para 55, una pelota muy arriada la devolvió, «pegado» a la pared Elícegui, ganando el tanto. Pero Mardura se quejó, alegando que la pelota había tocado en la camisa de Elícegui. Los jueces, que no podían haber visto la jugada porque les tapaba el cuerpo del pelotari interesado, fiados en la hombría de bien de éste le consultaron, y Elícegui (que además había apostado dinero en su favor) contestó: «Jo nau» (Me ha pegado). Coronando su ejemplar comportamiento, deportivo y profesional, el ganar seguidos los cuatro tantos restantes. Todo lo cual le valió una ovación apoteósica, que le sacaron en hombros del frontón; y... una lluvia de bastones que cayeron a la cancha en su honor. PACORRO